

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionad, costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Entre los muchos proyectos que todos los días acariciamos con más ó menos probabilidades de buen éxito, descuella uno que bien merece fijar la atención del Ayuntamiento de Madrid.

Este proyecto, contra la costumbre establecida, se ha dado á luz callando el nombre de su autor, en la Revista de Bellas Artes.

La idea que en él domina es la de levantar tres estatuas—á Colon, á Cortés y á Pizarro—en la puerta de Alcalá, haciendo en ella las necesarias reformas para realizar aquella con la grandeza que requiere su argumento, como se dice en los carteles de teatros.

La plaza que en este sitio va á construirse, según los planos adoptados, debería en concepto del proyectista llamarse Plaza de América, y guardar en su conjunto armonía con el elegante arco de la puerta, que debe quedar aislado.

De este modo, y aquí se ve la idea del proyectista, tendremos en Madrid un monumento que recuerde la conquista del Nuevo-Mundo.

La Revista de Bellas Artes afirma que los gastos no serian grandes, toda vez que va á hacerse esto mismo, aunque con distinto objeto:—sobre lo cual no me atrevo á dar mi opinion, porque faltando en Madrid otras construcciones de utilidad general, como son los mercados, justo será que hasta ver estas realizadas pidamos al Ayuntamiento que se vaya con piés de plomo al emprender esas obras consagradas á la gloria y al noble orgullo de los pueblos.

Buena es la gloria, si señor, muy buena, pero con la gloria no se pone el puchero,—y el puchero es la cuestion palpitante de todos los ciudadanos.

Si efectivamente el Ayuntamiento estudia esta cuestion y sin extraordinarios recursos puede llevarse á cabo el monumento consagrado á la conquista de América, oportuno será que el desventurado Colon y mis apreciables paisanos Cortés y Pizarro, tengan su representación de hierro en la corte que con rigor tan inmotivado tratóles en vida.

Por lo demás, el sitio no puede ser más apropiado para tan ilustres varones, y en esto estamos conformes en un todo con la Revista de Bellas Artes. La estatua de Colon no hubiera estado á gusto delante de la casa de la moneda, porque sin desplegar sus labios, como cumple á toda estatua, aunque parezca que esté hablando, nos hubiera dicho:—Ved ahí lo que yo fui á descubrir á América. Y aunque ello sea una verdad de tomó y lomo, no me parece conveniente que sea Colon el encargado de decirla. Los héroes, en todas las obras de arte que conozco, están obligados á decir cosas más grandes, y tambien más huercas,—aunque no tan verdaderas.

En cuanto á mis respetables paisanos, fácil es presumir el regocijo con que yo los veria sobre un inmenso pedestal contemplando indiferentes este venturoso pueblo madrileño en una tarde de toros.

—Hola, Cortés, le diria yo parándome delante de él, alzando la cabeza y aun quitándome el sombrero. ¡Hola! Ahí estás como viviste, sufriendo los rigores del sol y la lluvia, y la indiferencia de los hombres.

Tu vida fué un continuo batallar, tu audacia no reconoció límites, tu valor fué estremado, tu prudencia en los consejos sobrepujó á la de los más célebres capitanes. ¿Y qué?

Este modo de terminar mi apóstrofe no será de buen gusto para un académico, pero aparte del poco caso que hago de la opinion de estos señores, él expresaría mi pensamiento á las mil maravillas. ¿De qué sirvió á Cortés toda su gloria, su juventud atormentada con deseos infinitos y trabajos sin cuento? ¿Qué pago le dieron los cortesanos?

Dejando para cuando la estatua esté colocada—que probablemente no lo veré nunca—las consideraciones que se me ocurren hoy sobre la vida y hechos de Cortés, y que á Vds. les importarán muy poco, termino dando las gracias al desconocido proyectista por habernos revelado su pensamiento, que me parece bueno, y que da al propio tiempo idea de su amor á la patria.

¡Plaza de América! Bonito nombre, ¿no es verdad? España descubrió un Nuevo-Mundo, abrió nuevos horizontes á las razas desconocidas, á la humanidad salvaje, y lo que es esta gloria, por más que se empeñen los extranjeros, no hay nada que pueda oscurecerla.

Debemos tener una plaza de América... Es lo menos que podemos ambicionar, ¡sobre todo en una población donde hay una plaza de Aflijidos!...

Luis Rivera.

TEATROS.

PRINCIPE: El jugador de manos, drama en tres actos arreglado del francés; A cadena perpetua, comedia en un acto arreglada por D. José García.

Desde que Romea, enfermo primero y luego retirado, abandonó las tablas del teatro municipal, no solian turbar la paz de aquel augusto recinto los aplausos del público,—salvo los de fin de fiesta, que, allí como en todas partes, por fas ó por nefas, son el pan nuestro de cada noche.

En la del sábado se quebrantó esta que ya iba siendo inveterada costumbre. Gracias al brio con que el señor Delgado interpretó algunas escenas del drama que se estrenaba, sacudió el público su habitual modorra, y esa fué, sin disputa, la mejor suerte de El jugador de manos. A ello contribuyó tambien el interés de la obra. Sin ser lo que se llama un prodigio (tant s'en faut!) El jugador de manos tiene situaciones muy dramáticas, y pinceladas...—digo mal—brochazos muy enérgicos.

Como todos los dramas de su género, presenta graves defectos de composicion. Antes de tocar al punto donde el autor ha preparado sus peripecias y trasmutaciones, hay que pasar por una senda áspera, escabrosa, rodeada de precipicios; y el espectador, despues de ver pisoteado el arte, llega un poco aturdido al lugar de las grandes maravillas. Pero lo que mucho vale, mucho cuesta; y ¿quién ignora que para entrar en Jauja es preciso vadear un río de... de la familia de Darro, Esgueva y Tagarete?

Ustedes apreciarán por sí mismos la exactitud de este símil fluvial, si prestan dos minutos de atención al argumento.

Alvaro Paredes tiene un alma bastante torcida, un corazón bastante gastado, una conducta bastante relajada, treinta años de edad, y treinta mil duros de deu-

das. Para echar un remiendo á su fortuna, anda bebiendo los vientos por su prima Elena, hija del conde de... Tres-Estrellas, que con un millon de dote y otros dos de herencia (en perspectiva) es la mujer que le conviene, económicamente hablando. Pero Elena, que por lo visto en materia de primos tiene donde escoger, ha puesto los ojos en Luciano, hijo de un marqués cuyo título se me ha olvidado y no sería fácil de hallar en la Guia de forasteros.

Este señor, modelo de padres severos y de magnates linajudos, ha manifestado en más de una ocasion el irrevocable propósito de enterrar á su hijo con palma, si no halla modo de casarlo con fembra noble á cuatro vientos, cual corresponde á su alcurnia. Sabiendo esto el conde, su pariente, antes de otorgar á Luciano la mano de Elena, juzga oportuno revelar un secreto que yo con su licencia descubriré á Vds., si me prometen callarlo.

Preso en cierta ocasion el conde por causas políticas (no es aquí precisamente donde peca el autor contra la verosimilitud), su esposa Luisa tuvo la desgracia de perder á un tiempo el juicio y una hija, prendas ambas que milagrosamente le fueron restituidas cuando el conde, libre de la prision y vuelto á sus lares, pudo poner mano en asuntos que tanto le interesaban. Y fué de este modo. En la alquería donde habitaba la condesa se habia refugiado dias antes una pobre mujer moribunda con una niña de pocos meses, como la que la muerte acababa de arrebatár á Luisa. Al espirar habia declarado ser esposa de un Santiago Vidal, cuyos vicios y crueldad la obligaban á huir sin amparo con aquella criatura, nacida despues de su fuga. El conde, matando como quien dice dos pájaros de una pedrada, recoje á la huérfana, y con el nombre de su hija la presenta á la condesa, que al punto recobra la razon, gracias á este sencillo medicamento conocido en el Código con el nombre de usurpacion de estado civil.

La estupenda historia que el conde relata en secreto á Luciano—y al público,—la oye Alvaro escondido entre unas matas, por pasar la escena en los jardines de Aranjuez, sitio el más á propósito para esta especie de confidencias.

Conviene saber que Alvaro, en virtud de las leyes x y z (que en esto de legislación melodramática no estoy muy al cabo), es heredero forzoso de su respetable tío, suponiendo que el conde muera sin sucesión directa. Consideren ustedes con qué interés escuchará la noticia de que Elena no es Elena, sino Juana Vidal, hija de Santiago Vidal, y nieta, biznieta, tataranieta, retataranieta... de una serie indefinida de Vidales más ó menos conocidos en la historia universal.

Hasta ahora cualquiera pensará que el jugador de manos á quien se refiere el título del drama es el conde de Tres-Estrellas, ejecutor de este habil escamoteo. Pero no: el verdadero jugador de manos es un tal Venancio García, de quien Alvaro echa mano para contrarrestar y deshacer las artimañas de su apreciable tío. Por ganar dos mil duros que Alvaro le promete, se presenta Venancio en casa del conde pertrechado con la fe de bautismo de Juana, con la partida de defunción de Elena, y con todos los documentos necesarios para identificar la persona de Santiago Vidal (á quien nadie conoce) y reclamar la paternidad de la huérfana, á quien la condesa tiene y reputa por hija.

Tras una resistencia nada heroica, cede al fin el conde; y Venancio, que acosado por Alvaro no admite súplicas ni acepta dádivas, se lleva consigo á la muchacha.

Y aquí empieza el verdadero drama: drama terrible; porque aquel titiritero venal, infame, prostituido, es, sin

sospecharlo, el padre, el verdadero padre de Juana. Lo cual se descubre por una carta que al morir dejó escrita la esposa abandonada, declarando su nombre y el de su esposo, Venancio García, cuyos vicios á tal extremo de pobreza la condujeron.—Y cuando lo descubre el miserable! Cuando, regenerada su alma por el arrepentimiento, es capaz de sentir el castigo que sus mismos crímenes le imponen; cuando Juana, sumida por él en la desgracia, puede ser arrastrada por Alvaro á la deshonra; cuando en manos de su cómplice se hallan la libertad del padre y el honor de la hija.

Para llegar á este punto atropella el autor cuanto se le pone delante. Pero la situación es tal que por sí sola salva la obra haciendo olvidar la falta de arte, la carencia de verdad, la pobreza de colorido y la miseria de estilo que en toda ella se descubren.

Inútil es decir que el drama concluye por fin á gusto de todos, y que el público sanciona con sus aplausos la reinstalación de Juana en el puesto de Elena, su casamiento con Luciano, cuyo linajudo padre tendrá por nuera, sin sospechar semejante honor, á la hija del falsario Venancio García; y por último, el castigo de Alvaro, privado, gracias á una suplantación de la herencia que, según el código melodramático, de derecho le pertenecía. *Et nunc erudimini.*

No conociendo el drama francés, mal se puede apreciar el trabajo del traductor. Yo me inclino á creer que respecto del plan no habrá ganado mucho la obra. Respecto del estilo ya es otra cosa: por muy bien escrito que esté el original, dudo que en punto á sintaxis francesa pueda competir con algunos pasajes de la traducción.—Y sin embargo, el traductor ha demostrado ya más de una vez que sabe hacer, en regular castellano, versos muy agradables. Por lo visto, *El jugador de manos* le ha escamoteado la gramática.

Algo más á la española está vertida la comedia en que el Sr. García nos presenta la historia lamentable de un tal D. Silvestre, condenado á *cadena perpétua*, que bien merece este nombre su malhadado consorcio con una doña Cándida, cuyo génio le hará irse á la gloria vestido y calzado. La única falta... mejor dicho, la única imperfección de este juguete, consiste en ser demasiado largo, y en hacer que el público, aplicando mentalmente á la obra el adjetivo del título, se crea condenado también «á comedia perpétua.»

Federico Balart.

LA SEÑORA DEL 13. (4)

(Continuación.)

—¡Vd. siempre tan ocurrente!
 —Le digo á Vd. la verdad pura. ¡Ea, hasta luego! ¡Irá usted por el café de la Iberia!
 —¡Sí, allí nos veremos!
 Juanito se acerca á un círculo de pollos.
 —¿Qué se discute aquí? pregunta.
 —Se trata de saber cuántos novios ha tenido Irene, dice uno.
 —¿Quién es Irene?
 —Aquella soltera eterna que hay en aquel palco.
 —¡Ah! ¡la sobrina del banquero Matistés?
 —Esa.
 —¡Uf! dijo Juanito, no es fácil; yo hice el número novecientos veinte y uno, y de esto hace seis años...
 —¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Pues apenas has dicho algo!
 —¡Guason!
 —¡Exajerador!
 —¡Vibora!
 —¡Hasta luego, desdichados! gritó Juanito riendo, y se aproximó á un agente de Bolsa.
 —¿Qué sabe Vd. de cosas? le preguntó este.
 — Hombre, dicen que asoma la cabeza la cuestión de Oriente.
 —Puede ser, porque hoy han bajado los fondos...
 —Me alegro.
 —¿Jugaba Vd?

(1) Véanse los números desde el 27, correspondientes al día 3 de enero.

SONETOS FILOSÓFICOS.

IV.

—¿Sabes, niña gentil, lo que murmura el cefirillo que las hojas mueve, cuando á besar en tu jardín se atreve de la violeta la corola pura?

¿Sabes lo que del bosque en la espesura persigue el ruiseñor con vuelo leve, y lo que anuncia con su canto breve el rey alado de la noche oscura?

Pues lo mismo las brisas que las aves frases modulan en que Dios revela su alto poder y sus designios graves:

Sueño que el alma descifrar anhela, ¿lo sabes niña, dí? Pues si lo sabes puedes ir á contárselo á tu abuela.

V.

¡Cuán bello y orgulloso se levanta de los montes cortando la aspereza, ese palacio, rico de grandeza, que hunde en el valle la soberbia planta!

¡Jamás el arte maravilla tanta pudo reunir de gracia y fortaleza, ni jamás prodigó naturaleza tanto tesoro como aquí me encanta!

Arboles mil en pintoresca fila le dan ambiente dulce y placentero, reina en su torno soledad tranquila.

Verle de cerca y admirarle quiero, mas ¿qué cartel en la pared oscila?... —No se entra sin permiso del portero.

VI.

—¿Quién eres, ángel, que ante mí apareces como en nublado cielo clara aurora, y al corazón, que desengaños llora, paz y consuelo y esperanza ofreces?

Yo te he visto en mis sueños muchas veces juguete de ilusión fascinadora, y vive en mí tu imagen seductora, y con tu solo aliento me estremeces.

¿Serás tal vez la sílfide hechicera, que amada de las nubes y las brisas llevarme quieres á su azul esfera?

—Si señor.
 —¿Mucho?
 —Poca cosa. Cuatro mil duros, dijo Juan con la gravedad de los buenos embusteros.
 —¿Sabe Vd. quién ha quebrado hoy?
 —¿Quién?
 —¡El banquero Matistés!
 —¡Ah! Por eso murmuraban ahí de su sobrina!
 —¿Por qué?
 —Porque... ¡quebrar Matistés! ¡qué cosa tan rara! Un hombre tan comedido... tan económico, tan avaro...
 —Eso dicen, que era muy...
 —Figúrese Vd. si lo será, que no come principio más que los domingos, y ese día el principio son lentejas.
 —¡Juanito, es Vd. el mismo demonio!
 —Gracias, querido. Me voy á sentar. ¡Addio!
 Y Juanito dejó al agente.
 Después habló con un gacillero, después con un escribano, luego con dos actrices, en seguida con un comandante de húsares...
 Por último, la orquesta se encargó de interrumpirle, y fué á ocupar su butaca.
 Aristides estaba en la suya largo rato hacia, poniéndose los guantes con mucha calma y tarareando las últimas notas que oyó cuando entró en el teatro.
 —Oyes, le dijo Juan, ahí está Matilde con su mamá.
 —¿Y á mí, qué?
 —¡Hombre! Yo no soy partidario del amor, pero veo que esa pobre muchacha se desespera mirándote en vano.
 —Mira, Juan, no me hables de eso. ¿Tengo yo la culpa de que esa niña se haya interesado...
 —¿Por qué la dijiste que la amabas?
 —Eso se lo decimos á todas.
 —Es verdad, dijo Juan encogiéndose de hombros, y se dispuso á sentarse.
 Comenzaba el acto segundo.

Flores hollando vas por donde pisas... ¿quién eres?—Soy, señor, la lavandera y vengo á que me pague las camisas.

M. del Palacio.

MURMULLOS.

La *Galería Contemporánea*, periódico que, entre otras cosas, publica biografías, ha dado á luz la de D. Julian Romea.

Lo que más me ha gustado en ella es este trozo:

«Dicen que el teatro guarda pasiones desenfadadas, y siempre la vida de los actores se ha resentido algún tanto de esos desórdenes; pero hay ciertas almas que pasan sobre el lodo del mundo sin que el cieno llegue hasta ellas. Romea ha sido uno de esos seres privilegiados que, á través de los azares y los amargos desengaños de la vida, ha conservado esa pureza de sentimiento que se revela en sus bellísimas poesías; especialmente en un recuerdo que consagra á unas flores secas, se ve palpitante una historia de amor; pero tan triste, tan pura, tan delicada y tan tierna... se ve en ella un alma de fuego templada por el deber y la religión.»

—¿Qué bien pone la pluma... la pícara, porque es femenina la pluma que ha trazado estos renglones!

Un lector.—¡Ah, quién fuera hombre célebre!

—¿Para qué?

—Para que me hicieran una biografía así.

—Nada más fácil.

—¡No se burle Vd.!

—El día menos pensado recibe Vd. una cartita pidiéndole... datos, y si Vd. dá lo que le piden y se llama usted José Martínez, al llegar á la M le plantan á usted su biografía.

—¿Sabe Vd. que hacia falta en España un periódico como ese?

—¡Yo lo creo!

Nota de algunas de las personas notables cuyas biografías están en prensa:

Excmo. señor marqués de Nevaes.

Excmo. señora doña Antonia Cardona de Jovellar.

Ilmo. Sr. D. Genaro Sanz Moreno.

Excmo. señor duque de Abrantes.

VI.

Empieza á suceder algo.

Lo primero que hizo Juanito al sentarse, fué aplastar un sombrero de copa que había en su butaca, y que él, distraído ó mal intencionado, no vió al llegar á su sitio.

El dueño del sombrero, que estaba sentado en la butaca correspondiente de la fila de atrás, no pronunció ni una queja ni un lamento siquiera. Juanito le dijo:—¡Ay! perdone Vd... siento mucho!...—Aristides bajó la cabeza para que no le vieran reírse, y los espectadores que había cerca hicieron lo mismo. Esto sucede siempre.

La víctima de Juan tomó el sombrero, le dejó en la butaca desocupada que había más cerca de él, sin tomarse el trabajo de volverlo á su forma primitiva, y siguió escuchando la ópera sin contestar una palabra á las disculpas que procuraba darle Juanito.

Era un hombre robusto, de mirada penetrante, rubio y no mal parecido. Su palidez era estremada.

—Chico, dijo Juan en voz baja, ¿has visto que apabullado tan espantoso le he dado á la *chistera* del amigo?

—¡Calla, condenado! ¡Que voy á soltar el trapo!

—¡Pobre hombre! ¡Es lo mismo que si le hubiera pedido prestados cuatro napoleones!

—Y me choca en extremo que no se haya quejado.

—¡Nada! Debe ser muy rico.

—O muy prudente.

—De todos modos, la cosa ha tenido gracia, ¿eh?

—Calla, y déjame oír esto.

—No, hombre, hablemos. ¡Mira el embajador alemán qué cuellos trae!

—Escucha esta melodía, Juan, que es divina.

—Si es bonita. Me temo que me la estás cantando siete ú ocho meses.

—¡No tanto, hombre!

—¡Bah! Te conozco muy bien; me vas á volver loco con la melodía.

ACTUALIDADES.

Variaciones de la habanera titulada:—¡NO ME LLEVES Á POL, QUE NOS VERÁ MAMA!



—Lo que yo sudo, Maruja!
 —Lo que yo me divierto, Serapio!
 —Pues al final va á ser ello!
 —Desembucha, hombre.
 —Tengo tres pesetas para convidarte á un café con media tostada, copa de coñac y un puro de á rial.
 —Quiera Dios que tanto rumbo no me turbe el sentio.

(Con la misma música de la habanera.)

Ella.—No lo lloves á mal si digo mi sentir, yo he visto en otra parte salero mio, esa nariz.
 El.—Testigo de ello fué la calle de Alcalá una tarde de Toros que en el onibus te ví pasar.

En aquel momento una voz muy baja, pero muy imperiosa, dijo á espaldas de los dos amigos:
 —¡Calle Vd.!

Juan se volvió y se encontró con la mirada del hombre del sombrero.
 Aristides se volvió tambien y miró al desconocido.
 —¡Es á mí? preguntó Juan.
 Nadie respondió una palabra. El desconocido miraba de nuevo á la escena.
 Si habia sido él quien habia dicho *calle Vd.*, Juanito no podia darse por ofendido, supuesto que él habia aplastado un sombrero y no le habian dicho nada.
 Sin embargo, el tono con que fueron pronunciadas aquellas dos palabras, daba derecho á contestar.
 Y por lo visto, el desconocido no queria oír contestacion alguna.
 Juanito volvió á hablar con Aristides, y esta vez en voz alta.
 —Si le incomodaba,—dijo,—podia habérmelo dicho de una manera ménos brusca!
 —Es verdad, añadió Aristides, la buena forma nunca está demás.
 Los espectadores vecinos se habian enterado de este incidente, y miraban sucesivamente á Juan y al desconocido.
 Dar un escándalo en un teatro nunca está bien hecho. Por lo visto el desconocido queria dar ejemplo á Juan, y callaba.
 Juan dió por terminado el debate murmurando:
 —Sin duda espera á que se acabe el acto para que nos entendamos fuera de aquí.
 Aristides no cesaba de mirar al hombre aquel como diciéndole:
 —¡Grosero!
 A los cinco minutos todos callaban.
 La música de *I Puritani* es una de las más bellas que se han escrito en el mundo. Bellini ha desplegado en ella todo su ingenio. Ignorados tesoros de armonía fueron

descubiertos en un momento de inspiracion, por aquel Colón del mundo de la música.
 Por distraido que el público estuviera aquella noche, no pudo evitar el ser arrastrado al entusiasmo por el génio potente de Bellini. El público aplaudia. Aristides casi lloraba.
 Al llegar á aquella frase:
¡Rendete á me la speme lasciatemi morir!
 ¡Cuántos corazones se conmovieron! La música es una de las cosas que más pronto llegan al alma, y á veces sin saber por qué parece que hay en ella algo que nos recuerda lo que sentimos en una circunstancia cualquiera de la vida.
 Aristides se habia colocado casi tendido en la butaca, y con la cabeza caída hácia atrás y los ojos medio cerrados, aspiraba por decirlo así cada nota como una flor de fragante y embriagador aroma.
 Olvidó cuanto le rodeaba, se aisló en medio de dos mil ó tres mil personas, y no acordándose por aquel momento de sus penas, de su pasion naciente, de su padre, del mundo entero, se entregó en cuerpo y en alma á la melodía.
 A veces crispaba los puños, estiraba los piés, se contraía como si sufriera un ataque de nervios...
 Otras veces murmuraba sin poderse contener: ¡Divino! ¡Admirable! ¡Oh! ¡Ah! ¡Eso es! ¡Qué cosa tan grande! O callaba, y á cada nota que le conmovia le daba un codazo á Juanito.
 Juanito sonreía de una manera burlona.
 —¡Bravo! gritó el público al final de una pieza.
 —¡Bravooo! repitió Aristides. ¡Bravísimooo!
 —¡Bravo! gritó Juanito por decir algo.
 Y la orquesta volvia á repetir un tema obligado, y las armonías se sucedian. Si una era bella, otra era más, y la siguiente más bella que las dos primeras...
 Aristides estaba ébrio.
 Creía que le habian trasportado al cielo.

Pero de pronto hizo un movimiento tan brusco como si le hubieran comunicado la chispa eléctrica. Dejó de mirar á la escena, dejó de oír la ópera, se incorporó en la butaca, apretó convulsivamente la mano de su amigo, y con voz ahogada de emocion, dijo:
 —¡Mira!
 —¡Dónde? preguntó Juan lleno de curiosidad.
 Pero Aristides, en lugar de contestar, volvió á decir como antes:
 —¡Mira!
 Entonces Juanito alzó la vista y miró en la misma direccion que su compañero.
 En uno de los palcos principales acababa de entrar una mujer hermosísima.
 Pálida, de ojos negros, rasgados, muy rasgados... ¡protos!
 —¡Es ella? preguntó Juanito.
 Aristides respondió:
 —¡Sí, es ELLA! Es mi mujer de Atocha... Es la desconocida...
 —Chico, es demasiado hermosa.
 Juan tenia razon; aquella mujer era demasiado hermosa para un hombre de imaginacion ardiente como Aristides.
 Tenia el cabello negro y le caía en abundantes rizos sobre la desnuda espalda. Los brazos los tenia tambien desnudos, y eran unos brazos tales, que Fidias debió soñar con ellos.
 Vestía de blanco.
 No llevaba ni una cinta, ni un adorno, ni un brillante. No habia traído al teatro más que su hermosura, y le bastaba para asombrar al público.
 Aristides estaba ahora mucho más conmovido que antes oyendo la música de Bellini. Apretaba de un modo violento la mano de Juan, y Juan procuraba desasirse de su amigo.
 Eusebio Blasco.
 (Continuará.)

Excmo. Sr. D. Baltasar Saldoni.
 Excmo. Sr. D. Valentin Garralda.
 Excmo. Sr. D. José Serrano.
 Un lector.—¿...?
 Yo.—Francamente, no sé.

A propósito.

Leo en un periódico que se ha formado una sociedad de jóvenes distinguidos para dar bailes en el Circo de Paul.

¡Cómo se abusa del idioma!

—Señores, se ha salvado el país.

—¿Es posible?

—Sí, amigos míos; vamos á tener *lengua universal*, y las contribuciones podrán volver al cabo de cierto tiempo al bolsillo de los contribuyentes.

(Aquí un coro de entusiasmo, que suprimo por no armar alboroto.)

Detrás del coro aparece la figura de D. Ramon Cabezas «ilustradísimo Escolapio, bien conocido entre los literatos» segun dice el periódico que me da la noticia; el cual ha inventado una fórmula, con la que el contribuyente *podrá pagar las deudas públicas y sostener los gastos de la nación con reintegro de su capital, un tanto por ciento, además una prima, el interés correspondiente á la misma, y todo con la mayor seguridad imaginable.*

(Varios contribuyentes se desmayan de ne... digo de gusto.)

Además el Sr. Cabezas, que bien puede ser un gran hombre, cede la mitad de los beneficios que *le produzca* su invencion en favor de la propagacion de *la lengua universal.*

Y por esta razon es por lo que *vamos todos á entendernos.*

¡Que gusto!

En el Príncipe va á representarse un drama que está haciendo furor en Paris: *La duquesa de Montemayor.*

La escena culminante de esta obra es terrorífica.

Una mujer casada recibe á su amante, y estando con ella se muere.

El problema consiste en sacar el cadáver sin que lo vea el marido.

—Yo pienso ir, marquesa.

—Y yo: al fin y al cabo el teatro es la escuela de las costumbres; y si dan ahora los amantes en la de morir-se... bueno es aprender á escamotearlos.

Un literato de los que hacen con sus escritos lo que las gallinas con sus huevos, entra sonriendo en un gabinete, y ve á una señorita entretenida con el periódico en que escribe.

—¿Será posible! exclama, lee Vd. ese periódico.

—Es muy interesante.

—¿De veras? ¿Y qué le gusta á Vd. más? añade el literato esperando oír el título del artículo suyo que inserta el semanario.

—El *geroglífico* es lo mejor que trae.

Para manejar el bombo se necesitan principios, no lo duden ustedes.

Y si no, aquí tienen ustedes los efectos del empirismo.

Queriendo elogiar á un joven cantante español, dice un periódico:

«Ha hecho su *debut* con la ópera *I Masnadieri*, del maestro Verdi, *el que* recibió y mereció numerosos y continuos aplausos del público.»

—¿Eh?... ¿qué tal?... por elogiar al intérprete, da bombo al maestro.

Bien es verdad, que al final añade, para consolar al artista, «le damos *el parabien y la enhorabuena.*»

De *Paris á Sariñena* ha muerto. Sin embargo, ha sobrevivido uno de sus chistes.

Doña Socorro dice: *Yo me aburro*, y su mayordomo le contesta: Pues señora, *NO SEA-BURRA.*

—¿Qué talento! ¡Qué gracia tiene ese equívoco! decía ayer un banquero.

—¿De veras?
 —Yo lo creo... Lo mismo el público que yo lo comprendimos en seguida.
 —Es porque está al alcance de todos.

Me encuentro á un escribiente que gana la vida copiando comedias para los teatros.

Después de vacilar se digna saludarme.

—¿Qué hay? le pregunto.

—Nada, que el porvenir es mio.

—¿De Vd.?

—Sí, señor; antes solo salian á la escena los autores.

Ahora salen ya á las tablas dos y tres veces los traductores, como puede Vd. ver en el Príncipe.

—¿Y qué?

—Nada, que dentro de poco saldremos los copistas.

Posdata: Me escriben que en un baile público de un arrabal de Valencia hay este letrado en la puerta:

«No se permite entrar á los caballeros con *manta*, ni á las señoras con *cesta.*»

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Ayer vimos en una tienda de la calle de la Montera una cosa que nos dejó frios.

El termómetro.

Ciertamente su situacion era lastimosa; en este invierno no se le habia visto tan bajo.

Un señor aleman, el mismo que inventó los fusiles de aguja, ha inventado otra arma aun más mortífera y terrible.

Los proyectiles que salen de esta arma llevan las señas de la persona á quien van destinados, y no hay ejemplo de que se haya estraviado ningun tiro.

El arma en cuestion, por sus condiciones especiales, ha pasado á informe de la direccion de Correos.

Si ha de creerse á *La Correspondencia*, el número de plantas conocidas se eleva á 80,000.

Suponemos que no estarán incluidas las plantas de los pies.

Nadie mintiendo es tan bravo como mi amigo Zurita,

pues, sin tener un ochavo, sueña que ha comido pavo y al despertar, lo vomita.

Dice un periódico que el pintor Sr. Vanhalen presenta en la Exposicion un cuadro, cuyo protagonista es Pánfilo de Narvaez.

Me temo que ha de haber más de un Pánfilo en esta obra.

No hay más que dos clases de hombres que puedan meter á una mujer en caja:

Los cajeros y los cajistas.

El *Diario de Teatros* sigue por la senda de los descubrimientos.

No contento con hacernos saber que Homero fué el padre del poema épico, que el Czar de Rusia estan aficionado como lo fué su padre á la música, hoy nos revela que los sainetes fueron en su principio una *danza figurada.*

Y termina así:

«Durante la mocedad del difunto rey, subieron los sainetes á su mayor perfeccion. M. Benserade los compuso excelentes. Los italianos, copistas excelentes, sobresalieron en estas composiciones pantominas. Las que se vieron en Paris, el *Pigmalion* y D. Quijote, en casa de la duquesa, etc., dieron mucho gusto.»

Después de leído este párrafo, solo falta averiguar:

- 1.º Quién era ese rey difunto.
- 2.º Quién era M. Benserade.
- 3.º ¿Cuál de los dos excelentes, el de Benserade ó el de los italianos, es más excelente?
- 4.º Desde cuándo es abjetivo *pantominas.*
- 5.º Quién era la duquesa.
- 6.º Y por último; á quién y cómo dieron mucho gusto.

¡Qué párrafo tan delicioso! Yo me atrevería á ponerlo sobre Estrada, pero temo que este no lo consienta.

Los periódicos de Zaragoza se quejan injustamente de lo que llaman indiferencia de la prensa madrileña con la última comedia de nuestro amigo el Sr. San Juan.

GIL BLAS es un periódico madrileño, y ha consagrado un artículo á la comedia del vate aragonés *sin atacar su fé ni su entusiasmo.*

Segun recientes datos estadísticos, pasan de 30,000 los perros que pagan contribucion en Inglaterra.

Aquí, si se estableciera esa costumbre, no la pagarían más que dos: el de San Roque, y el mio.

Se anuncia la publicacion de una novela titulada: *Lo que pueden las mujeres.*

Yo sé de otra, que se publicará en breve, con este título: *Lo que escriben los hombres.*

Continúa *La Regeneracion* insertando cartas de sus suscritores, en las que se ofrecen nuevos derramamientos de sangre.

¡Jesús, Jesús, y qué carnicería!

Uno escribe desde Estella diciendo que en aquel pais no han de penetrar jamás con su gracia los errores modernos.

¡Confesar que los errores tienen gracia! Y firma *Un capellan.*

¡Anda, salero!

Otro dice:

«Muy señor mio y de todo mi respeto: Como párroco, sacerdote, católico apostólico romano, con todos mis sirvientes y un sobrinito que tengo en mi compañía... etcétera, etc.»

¡También el sobrinito! ¡Qué apunte para la historia!

Este se expresa con más claridad: refiriéndose á cierto escrito de *La Regeneracion*, escribe desde las Montañas de Reinosa que lo hace suyo y de doscientos feligreses más:

Arrampló con todo.

¡Qué nos va á quedar á nosotros?

En un documento que publican los diarios de Sevilla encontramos este párrafo:

Tercer distrito.—No hubo robo alguno. Se hurtó, sin embargo, una capa, la cual, con el reo, se encuentra á disposicion del juzgado.

Me alegro. Vea Vd. un *sin embargo* que puede llevarle á uno á presidio.

Nos dice *La Regeneracion* que una apreciable actriz acaba de casarse con un amigo de dicho periódico.

Como se ve, *La Regeneracion* tiene tambien amigos que entran entre bastidores, lo cual no está conforme con lo que predica un reverendo Padre.

ANUNCIOS.

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLGICOS.—CURAN infaliblemente todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesión orgánica en la víscera.

Se venden en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 1.—(12-8.)

BALSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Unico remedio seguro de los conocidos hasta el día, para la curacion radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular.

Se vende en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 1.—(12-8.)

FABRICA DE CORSES, PREMIADA POR S. M.

—Calle de Hortaleza núm. 4.—Hay gran surtido de todas clases y precios: se construyen CORSES FAJAS para suspender y disminuir el vientre. Idem para corregir las relaciones del mismo, y las imperfecciones de las espaldas, pechos, ó sean ERNIAS Y ORTOPÉDICOS.—(4-3.)

DICCIONARIO DOMESTICO POR D. BALVINO CORTES Y Morales.—Se ha publicado el 5.º cuaderno.—Se suscribe en las principales librerías á 2 reales el cuaderno.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.—SUMARIO DEL Número del 15 de enero.—I. La Europa en 1866, por C. Bernal.—II. Luis Vives, por Octavio Marticorena.—III. Universidad para Puerto-Rico, por A. Tapia Rivera.—IV. La industria carbonera en España, por José de Monasterio.—V. Escritores norte-americanos. Edgard Poe, por Juan Prieto.—VI. El gato negro, por Edgard Poe.—VII. A estudiar en Salamanca (costumbres del siglo xvii), por Julio Monreal.—VIII. Crónica de la quincena. Política general, por Labra.—IX. Nuevas publicaciones. Eter, con un prólogo, de Carerras.—El correo de Alquife, de Benjumea.—Las Antillas, revista quincenal.—Limonos Agrios, de Aguilera.—Advertencia.

La Revista sale dos veces al mes en cuadernos de 80 columnas, folio, cada uno.—Precio: 20 rs. trimestre en la administracion, Soldado, 1 duplicado, bajo.—Madrid.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.